

*ala delta*

Ramón  
GARCÍA DOMÍNGUEZ

**¡POR TODOS LOS DIOSES!**



Los héroes y superhéroes al estilo Superman ya existieron hace mucho, muchísimo tiempo. *¡Por todos los dioses!* Te demostraré que, hace miles de años, ya hubo alguien que quiso llegar volando al mismísimo Sol, o un forzudo que, siendo todavía un bebé, descuartizó una enorme serpiente que se metió en su cuna.

Ramón García Domínguez, periodista y escritor, sabe captar como pocos el lenguaje juvenil, aun cuando narre, como en este caso, fantásticas leyendas de la mitología.

*A mis «héroes» particulares:  
Gerardo, Enrique, David y Rafa.*

## Índice de contenido

Cubierta

¡Por todos los dioses!

Que me cuenten historias...

1. Homero y yo

2. Los olímpicos

3. El menú de los inmortales

4. ¡Prohibido subir al Olimpo!

5. Un millón de dioses... o más

6. Zeus y su complicada familia

7. Una boda de película y tres diosas de ensueño

8. Una manzana para «Miss Olimpo»

9. La terrible cólera de Aquiles...

10. ... y su famoso talón

11. ¿Se puede ganar una guerra con un caballo de madera?

12. Todo un dios desterrado del paraíso
13. Liras contra flautas
14. Cómo convertirse en un animal o en una planta
15. Ni la muerte pudo separarlos
16. Los amores de Eco y de Galatea
17. El astuto Ulises y las sirenas
18. ¡«Nadie» me ha dejado ciego!
19. ¿Héroes o aventureros?
20. Hércules contra todos
21. ¿Es la vida un laberinto?

## Que me cuenten historias...

*... Es lo que a mí más me gusta y me ha gustado siempre. Pero que me las cuenten de viva voz: mi abuelo, mi padre, un amigo, el profe, cualquiera a quien le apetezca y sepa contarlas.*

*Por eso imaginé así este libro: cerré los ojos, agucé los oídos de la fantasía y escuché la voz del viejo poeta Homero narrando las más extraordinarias leyendas y aventuras que hayan podido ocurrir jamás. Seguro que sabes de sobra quién es Homero, pero aún y todo él mismo tiene la gentileza de presentarse en el primer capítulo y hasta va a pedirte que tú también te presentes, pues le gusta saber siempre a quién cuenta sus historias.*

*Yo me he limitado a reuniros a los dos, a ti y a él, en las páginas de este libro, para que puedas escuchar directamente de sus labios las más fantásticas narraciones de la mitología clásica. Las epopeyas, andanzas, maravillas, venturas y desventuras de los dioses y de los héroes de la Antigüedad.*

*Nadie como Homero para contártelas. Ya lo hizo hace cientos y cientos de años en sonoros versos inmortales, y ahora lo va a repetir con palabras y maneras de hablar de hoy. Aguza tú también los oídos de la fantasía, imagina que estás sentado junto al gran poeta al amor de la lumbre, si es invierno, o a la sombra de una frondosa higuera si hace calor, y escucha con suma atención sin perder palabra ni gesto, las historias más bellas jamás contadas.*

*Pasa la página y observa atentamente: aquel viejo apacible sentado a la orilla del camino, con un cayado y una lira junto a él, es el poeta Homero. Acércate con toda confianza...*

## 1. Homero y yo

**¡P**OR todos los dioses del Olimpo!, ¿quién anda ahí? Noto una presencia humana muy cerca, ¿quién está a mi vera, quién? Me gusta saber si alguien me escucha o hablo sólo para el viento. Y ahora sé que alguien está oyendo mi voz, son ya muchos años aguzando el oído y hasta el olfato como para equivocarme.

Seas quien seas, ven, acércate, no tengas ningún temor. El viejo Homero no se come a nadie. Al viejo y ciego Homero sólo le gusta que le escuchen, que alguien, sea hombre o mujer, oiga con gusto sus versos y sus historias. Incluso si es un muchacho como tú. ¿Que cómo sé que lo eres? Más de un mancebo me ha acompañado, como lazarlillo, a lo largo de los caminos y los días. He tenido de todo, ¿sabes? Picaruelos que se aprovechaban de mi ceguera y nobles jovencitos que guiaban mis pasos salvaguardándome de obstáculos y peligros.

Tuve uno en Esmirna a quien le gustaban con locura mis versos y mis leyendas. Se llamaba Nicómaco. Cuando yo cantaba, él contenía el aliento y permanecía mudo y quieto como una estatua. Tal era así que yo interrumpía, de pronto, mi epopeya para cerciorarme si Nicómaco seguía a mi lado. ¡Y vaya si seguía...! Junto a mí siguió hasta que el dios Apolo le hizo también cantor y poeta, y se echó a recorrer como yo los caminos de la tierra recitando las aventuras de los dioses y de los héroes.

*—Aventuras que también a mí me gustaría escuchar ahora de tus labios, divino Homero.*



—¿Divino yo? ¡No me hagas reír, muchacho, no me hagas reír! También el filósofo Platón me llamó «divino poeta» y hasta hubo quien dijo que yo era la personificación de Orfeo, a quien Apolo regaló su lira y a quien enseñaron a cantar las propias Musas. No, por todos los dioses, eso son exageraciones, ¡yo nunca amansé a las fieras con mi canto, como Orfeo, ni conseguí, como él, que las rocas y los árboles danzasen al son de mi música y mis versos!

Claro que tampoco soy un don nadie, como se han atrevido a decir ciertos comentaristas de mis dos grandes obras la *Ilíada* y la *Odisea*. «De Homero no sabemos nada. Es sólo un nombre», tuvo la osadía de escribir un profesorete de tres al cuarto llamado Glotz. ¡Ah, no, señor mío, de eso nada! Homero existió y existe, que los poetas nunca mueren del todo, por si usted no lo sabía.

¡Se han dicho de mí tantas cosas y tan controvertidas, muchacho, amigo mío...! ¿Quieres saber que hasta siete ciudades griegas se disputan el honor de ser mi lugar de origen? Se ha escrito que soy jonio, que nací en Esmirna, viví en la isla egea de Quíos y morí en Íos.

—¿Y cuál es la verdad de todo ello?

—¿La verdad? Todas y ninguna, muchacho, deja que los historiadores y eruditos digan y se desdigan acerca de mi persona. Homero, el ciego Homero, el cantor de Agamenón, de Aquiles, de la bellísima Helena de Troya, de Ulises el intrépido, de...



¡Pero, un momento, ¿y tú quién eres?! Jovencito, hablo contigo: ¿no vas a presentarte? Anda, acércate y dime tu nombre, al viejo Homero le gusta saber con quién habla y a quién cuenta sus fábulas.

–Soy un..., ¿no vas a burlarte si te lo digo?

–Burlarme, ¿por qué?

–Es que a lo mejor no te lo crees.

—¡Yo me creo todas las historias y todas las fantasías, muchacho, por muy estrambóticas que parezcan! ¿Es que acaso tu identidad va a ser más rara que la de los compañeros de Ulises, convertidos en cerdos por la bruja Circe?

—*¡Oh, no, no, claro que no! Yo sólo soy un chico de finales del siglo XX a quien le gustaría conocer un poco la mitología, las leyendas y mitos de los dioses y héroes de la antigüedad clásica.*

—¿Un chico de finales del siglo XX, dices? ¡Por Zeus y todos los dioses del Olimpo, esto sí que es asombroso!

—*¿Lo ves? Ya te dije que no ibas a creerme...*

—¡Claro que te creo, muchacho, claro que te creo! Pero vuelvo a decirte que me resulta asombroso, y sobre todo halagador, que una persona, qué digo, un jovencito como lo fue Nicómaco —¿recuerdas que te hablé de él?— se interese por los hexámetros del viejo y ciego Homero casi veintinueve siglos después de que yo los compusiera.

—*¿Me interese por los qué...?*

—Huy, perdóname, ya me puse en plan cursi y me parece que a ti eso no te va. Hexámetro es el tipo de verso en que compuse mis grandes epopeyas, ¿comprendes?

## 2. Los olímpicos

**P**ERO dejémonos ahora de hexámetros y epopeyas. ¿Dices que te interesa la Mitología, las historias de los dioses y de los grandes héroes? ¡Cuánto me place que así sea y con qué gusto el viejo y ciego Homero va a tomar de nuevo su lira y va a ponerse a cantar otra vez, como en los mejores tiempos, las aventuras y desventuras de...! ¡Pero qué digo con la lira! Se me antoja que la retórica y el estilo ampuloso no es precisamente lo que se lleva en tu siglo, ¿me equivoco? ¡Pues mira por donde, muchacho, esto también me agrada sobremanera! He de confesarte que llegó a hartarme la seriedad y pomposidad con que siempre me vi obligado a narrar mis historias. ¡Contigo podré explayarme a gusto, me da a mí que sí!

No les restaremos ni un ápice de importancia ni de hermosa solemnidad a ninguno de los mitos de los que nos ocuparemos, faltaría más. Sería traicionarlos y traicionarme a mí mismo. Pero eso no quita para que podamos tranquilamente desarrugar el ceño y echarle al tema unos granos de sal y pimienta, de humor y hasta de desenfado, a fin de que las historias y leyendas de la antigüedad clásica, como tú mismo la has llamado antes, resulten un poco más comprensibles y atractivas para una mentalidad y unos gustos como los tuyos.

Además, te diré una cosa: las historias de los dioses y de los héroes se prestan al relato más encumbrado y sublime pero también al más ameno y divertido. ¿Sabes por qué? Porque su comportamiento es a la vez excelso y vul-

gar, divino y humano, virtuoso unas veces y cicatero o depravado otras. Yo pinté a Ulises, en la *Odisea*, como un héroe aventurero y sagaz. A Aquiles, en la *Ilíada*, como un dechado de virtudes caballerosas. Y lo fueron sin duda. Pero también el primero fue uno de los más grandes embrollones de todos los tiempos y el ligero y valeroso Aquiles se portó como un ruin y un villano con el cadáver de su enemigo Héctor.

Los olímpicos, joven amigo mío, son tanto más dignos de admiración y de sorpresa cuanto su comportamiento está más cerca del nuestro.

—¿Los olímpicos, dices?

—En efecto, los olímpicos, los habitantes del Olimpo...

—*Es que en mi tiempo llamamos olímpico al deportista que participa en las olimpiadas...*

—Hablando se entiende la gente, muchacho, y me agrada que seas así de curioso. Sabrás que las olimpiadas nacieron en la ciudad griega de Olimpia y atletas olímpicos eran, en efecto, los que en ellas participaban. Pero cuando yo empleo este término me estoy refiriendo a los moradores del monte Olimpo o Cielo, es decir, a las divinidades de la Mitología.

Oye, se me está ocurriendo una idea. ¿Qué te parece si, para empezar con buen pie, nos atrevemos a escalar este excelso monte y sorprendemos a los dioses en su propio elemento? Conoceremos así su fabuloso palacio de oro fabricado por Hefesto, y te voy yo presentando a Zeus, a Atenea, a Apolo, a Afrodita, a Eros, a Urano...

¿Te tiente mi proposición? ¿Sí?

### 3. El menú de los inmortales

**C**ON todo, antes de iniciar nuestra aventura he de advertirte que no es cosa sencilla trepar hasta la cumbre del Olimpo. No, no lo es. Los dioses son muy celosos de su intimidad y hay que pillarles de buen talante para que admitan a un humano en sus dominios sin irritarse. ¡Porque cuando se irritan...! Más adelante te contaré la historia de Ícaro, que se fabricó unas alas y quiso ascender, volando, hasta los altos cielos. ¡Pobre infeliz! Su final fue de lo más trágico. Los dioses y los héroes de la Mitología nunca vieron con buenos ojos a los intrusos que se acercaban a ellos irreverentemente o con ánimo altivo.

Y a propósito: ¿con qué ánimo o intención te acercas tú, muchacho? ¿Qué buscas o piensas encontrar en el conocimiento de los grandes mitos de la antigüedad, si puede saberse?

*—No lo sé muy bien, Homero. Puede que sea la curiosidad mi primer impulso, pero quizá tú puedas, mejor que nadie, hacerme ver otras razones o motivos por los que merece la pena que un hombre de mi tiempo conozca la Mitología y su significado.*

—¡El significado de los mitos, ahí es nada, muchacho! ¡Claro que me gustaría que pudieses calar en el significado de las historias de los dioses y héroes, sin quedarte tan sólo en lo anecdótico, en el simple y más o menos divertido relato de sus hazañas, venturas y desventuras!

Porque todas ellas, amigo mío, todas, encierran una enseñanza, un símbolo, una alegoría, un oculto significado

de cualquier misterioso fenómeno de la naturaleza, de un comportamiento humano, una respuesta a cuestiones profundas sobre el origen del hombre y de la vida, sobre el principio y el fin, sobre el destino y sobre la libertad humana.

No nacieron los mitos porque sí, ni yo canté las hazañas de los dioses tan sólo para divertir al auditorio que me escuchaba. Los mitos nacieron, tanto los griegos y romanos, como cualquier otra mitología antigua o moderna – que también en tu tiempo hay mitos y héroes mitológicos, no vayas a pensarte–, todos los mitos nacieron, digo, para dar respuesta a las más íntimas y misteriosas preguntas del corazón del hombre.

Además, difícilmente podrá entenderse la historia, la literatura, el arte y la cultura antigua si se desconoce la Mitología. Incluso gran parte de la llamada cultura occidental a la que tú y yo pertenecemos, tanto la antigua como la moderna, está inspirada en los mitos clásicos. En el arte es donde más claramente se demuestra: cuadros, y esculturas de todas las épocas copian no sólo las formas bellas de las obras maestras clásicas, sino que toman no pocas veces de la Mitología los temas que representan.

Los grandes mitos han inspirado siempre a los más encumbrados escritores y artistas.

Yo te los contaré con el estilo más atractivo de que sea capaz y hasta con cierto y respetuoso humor, como antes te decía. Pero deberás ser tú quien ejercite luego su imaginación y desentrañe cada mito para dar con el meollo y encontrarle su sentido y hasta su posible lección.

Pero volvamos a las laderas del Olimpo, donde nos quedamos a punto de iniciar la escalada. En la cumbre viven los dioses. En un palacio de metales preciosos cuyos